

JOSE LUIS L. ARANGUREN

MI relación personal con Agustín García Calvo —el hombre, para mí, con mayor originalidad, en cuanto a estilo creativo de vida, de todo nuestro mundo hispánico; el inventor de un modo hippy que se adelantó al americano, sin pérdida alguna de su raíz y peculiaridad española— fue tan breve como intensa. Le conocí a comienzos del curso 1964-65, su primero y último curso en la Universidad de Madrid. Me impresionó inmediatamente su modo de ser, que aparece tan bien reflejado, en sus muchos matices, en el libro que vamos a comentar, y verbalmente aceptó en seguida hablar en el seminario Eugenio d'Ors, que yo dirigía. Algunos días después, para concretar detalles, acudí a la secretaria de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, tras haberle buscado en su despacho inútilmente, y pregunté cuáles eran su domicilio y su teléfono. Por increíble que parezca a los profesores y alumnos de la Universidad de hoy, en la secretaria no constaban ninguno de esos datos porque —esta es la explicación que se me dio, muy en su estilo: lo inverosímil es que se aceptara por aquella Universidad todavía falangista y me pregunto si no tendríamos que añorarla—, como hacía poco tiempo que se había trasladado a Madrid, todavía no tenía residencia, dormía cada noche en una casa diferente, sin poder anticipar nunca cuál sería su próximo albergue nocturno, y que así, su único domicilio era su despacho y seminario en la Facultad. Dejándole una nota allí concretamos los detalles, y su conferencia, en la línea del contenido del presente libro, fue aguda, penetrante, anticonvencional y muy buena.

Poco después, él y yo nos vimos envueltos —nos envolvimos, mejor— en los sucesos universitarios de febrero de 1965, fuimos suspendidos de empleo y sometidos a expediente administrativo. Fue la breve etapa de nuestra muy estrecha relación. Venía con mucha frecuencia por casa, hablábamos de las incidencias del expediente, de los dislates que se ocurrían con nuestro colega (¿colega?, creo que no, en ninguno de los sentidos de los posibles sentidos de la palabra), el inefable instructor de un expediente que nunca llegó a saberse si era individual o colectivo y que, con permiso del Consejo de Ministros y del Tribunal Supremo, yo casi me atrevería a calificarlo como el peor, técnicamente, de todos los instruidos a lo largo de la historia de la Administración

Nos movemos hoy en literatura entre el estilo «informal», como se dice con un anglicismo que presta a nuestra lengua el obvio juego con la palabra, y el estilo de la celebración. Escribiendo más bien según el primer modo, quisiera, sin embargo, inaugurar esta colaboración regular en Triunfo, con una ceremonia: la dedicación del primer artículo a Agustín García Calvo, con ocasión de la publicación de su libro *Lalia. Por lo demás, todos los artículos que se publiquen aquí tendrán este carácter «ocasional» de aprovechar la publicación de uno o más libros para, sin dejar de hablar de él, de ellos, no ajustarme a redactar estrictas críticas bibliográficas.**

CELEBRACION DE AGUSTIN GARCIA CALVO

española. Yo, que no sé lo que piensa García Calvo sobre esto, ya di públicamente las gracias a su fautor por el gran favor que, según considero, me hizo, preparándolo todo, tosca pero eficazmente, para la separación de la cátedra. Sin embargo, no hay bien que por mal no venga, la terminación de nuestro asunto trajo consigo la de nuestra relación. Yo, tan pronto como se me suprimió el honor de la escolta policiaca y se me devolvió el pasaporte, empecé a vivir tanto tiempo fuera como dentro de España. García Calvo, más batallador, siguió en la brecha hasta que un día se cansó y se marchó a Francia. Desde aquel memorable año 1965 no nos hemos vuelto a ver y ni siquiera hemos tenido la menor noticia directa el uno del otro. Hace dos años, el profesor Gabriel Jackson, de esta Universidad de California en San Diego, me dijo que se proponía invitar a García Calvo como «regents lecturer», que todo esta-

ba ya arreglado, pero que, *pro forma*, me pedía una carta de recomendación. Con mucho gusto se la envié, pero García Calvo no sé por qué, no llegó a venir a California. Hace un año, unos jóvenes americanos que preparaban y realizaron una emisión radiofónica sobre España, por la estación más progresiva de Los Angeles, vinieron a verme a Santa Bárbara para grabar en cinta mi diálogo con ellos. Eran tres, y entre ellos había una chica, Linda Krausen, que resultó ser amiga y admiradora —como tantas otras— de Agustín, a quien había conocido en París. Ella fue la última persona que me ha hablado directamente de él. Ahora, con la publicación del libro, es él mismo quien lo hace en su taurina dedicatoria: «Brindo este libro a ti y al público».

Se trata de un libro que, sobre excelente, es enormemente personal, fiel retrato suyo. Los más genuinos rasgos de su indivi-

dualidad van apareciendo sucesivamente en él. Para empezar, el pedantemente irónico epigrama, que sirve de lema al libro, y que es un bello canto a las palabras en libertad. En seguida el cortés tratamiento de «don» que García Calvo propina a quienes han hecho posible la publicación de la obra. Poco después, la grafía «Estalín», del trabajo primero. Más tarde, y por contraste con aquella solemnidad en el trato, encontramos el vocablo «jodienda» (página 362), y la invención, por analogía comunitaria, del «fumanda» (página 371), calcado sobre aquél. Asimismo, la anécdota de la vida militante del autor acerca de la letra de una canción de huelga (páginas 283-4), y aquella otra, que podría muy bien haberse dado igualmente en la vida real, de la visita del policía que debía detenerle en su guarida, y al que reconoce, y así se lo dice, como compañero en los años de estudios en el Instituto, que solía ir por entonces a los bailes de criadas los domingos y que seguramente estará ya casado; reconocimiento y recuerdo que ponen nervioso al funcionario, que se ve sacado así de su «papel», por lo que le hace callar de una bofetada (página 179). La justa autoestimación se expresa en estas palabras que resumen el estilo de vida del investigador español «antiestablecido»: «... no que esté yo seguro de que este proceso no puedas hallarlo ya descrito en algún tratado o manual incluso, extremo que, escribiendo como estoy en esta buhardilla desguarnecida, no tengo vagar de comprobar ahora; pero en todo caso, bien sospecho que con tanta precisión como esta vez, jamás se habrá descrito» (páginas 307-8); «fatuidad» contra la que, aun no siéndolo, ya nos había prevenido al final de la presentación. El modo original, propio de novela o cuento de vanguardia, de invitar a formar una cinta de Moebeus, con las instrucciones adecuadas para hacerlo con las hojas correspondientes del libro mismo (página 227) y dar así la imagen simultánea de Mundo y Lengua al hermano y la hermana que preguntan, respectivamente, por el uno y por la otra, dualidad de caras que se fundirá en unidad «el mismo día que el hermano y la hermana duerman juntos, y al despertarse contra la mañana se sonrían con la misma sonrisa el uno al otro» (página 268). (No creo que sea desorbitado ver aquí una alusión «contracultural».) El humor correctísimo del trabajo dedicado al «razonamiento» de un más que desacreditado ex ministro, según el

DIARIO DE LECTURAS DE AQUI Y ALLA

texto, grotesco, de la sección económica de ABC; diario al que vuelve a acudir para analizar otro texto, siniestro éste, demandando la guerra totalitaria en Vietnam, en uno y otro caso sin emitir el menor juicio de valor, que queda a cargo del lector. El giro personal, la introducción del yo de Agustín con el «te digo que te quiero» y la «falta de ti» en el trabajo estrictamente lingüístico titulado «Tú y yo». La interpretación del color morado en la bandera de la República como simbólico desagravio por los pecados de España (página 215), etc., etc. Modos todos de hacer aflorar la persona del autor, sus compromisos político-sociales, su sentimiento del amor, su enfrentamiento con la realidad, su sentido de la existencia, a la vez lúcido y responsable, todo ello y mucho más en un libro, desde un libro que se pensaría incompatible con el personalismo; y sin caer, sino al contrario, según se ve, en la inserción, más bien tonta, de ejemplos de inocuo humor anglosajón, para ilustrar y hacer aún más aburridos, aburridos textos de análisis lingüístico. El modo como Agustín García Calvo logra sintetizar el estudio sociolingüístico y, a través de los ejemplos y las circunstancias, su modo personal de vivir en el mundo, nos es testimonio de su extraordinaria calidad de escritor, de hombre escritor.

La de lingüista y sociolingüista no es menor. *Lalia* es una obra excepcional dentro de nuestra bibliografía. Su tesis central es la de que la sociedad y la lengua, así como sus respectivos modos de estudio, lenguaje sociológico y metalenguaje gramatical, no son sino abstracciones parciales de un todo indisoluble, la realidad lingüístico-social, dentro de la cual las personas se constituyen a través de los pronombres personales, y de las cosas no tenemos ni más ni menos que las palabras con las cuales las significamos. O, dicho de otro modo, que la Naturaleza está dentro de la sociedad, es una idea de ésta; pero a la vez, «el lugar» de la sociedad es la lengua. Agustín García Calvo es un neosofista, liberada la palabra «sofista» del unilateral desprestigio con que se la ha considerada desde Platón. Tras la «convención» gramatical, inscrita en la lengua, se encuentra la convención ideológica, el fenómeno de la conciencia y del yo. Un acercamiento importante al nudo de la cuestión por el lado de Grecia y Roma, el griego y el latín, la lengua y la cultura, lo encontramos en el inte-

ligente estudio «Apuntes para una historia de la traducción»; lo mejor, tal vez, que se ha escrito en castellano sobre el tema, y no olvido el ensayo de Ortega. «Cosas y palabras, palabras y cosas» es la *demonstratio* de esa unidad de mundo y lengua, las dos caras de una misma realidad que sea verdadera, y verdad que sea real. El trabajo «Del génesis del fin y de la causa» manifiesta el carácter «lingüístico» de éstas y su laboriosa acuñación a lo largo del proceso de desarrollo de las lenguas.

El estudio «Nos amo, me amamos» muestra, a través de la prohibición gramatical de estas expresiones, la convención fundamental de la reflexividad o identidad del yo, y la existencia conjunta a la «clave» (en el sentido análogo al musical: clave de sol, clave de fa) de la unidad, la de la clave de la pluralidad, clave del «nos». A veces parece levantarse esta interdicción o incompatibilidad, y García Calvo cita algunos ejemplos literarios e incluso subliterarios. Pero en realidad se trata de un distanciamiento temporal o visión del yo en el espejo del pasado. La «convención dominante» en nuestra lengua-cultura da la primacía al yo, que pone la continuidad por encima o por debajo del tiempo. ¿Pasa esto de ser una convención o es el yo idéntico consigo mismo? Las dos creencias, la de la identidad y la del tiempo, son, a la vez, complementarias y contradictorias entre sí. De ahí la prohibición de que las dos claves sean usadas simultáneamente, es decir, que los sintagmas que dan título al trabajo sean gramaticalmente inadmisibles.

El artículo siguiente, «Tú y yo», desarrolla sustantivamente un punto tratado en el anterior, el de la prioridad del yo, de tal modo que el tú no es sino *alter ego*, transferencia o reproducción del primero, y, por tanto, en sí mismo, en «ti» mismo, esencialmente vacío. Vacío, sí, desde mí, como yo me vacío desde ti cuando tú, desde ti, te conviertes en el «yo» y me reduces a un

«tú». (Se mueve aquí el autor muy cerca del pensamiento del primer Sartre.) Agustín García Calvo termina el trabajo, a la manera personalizadora que ya vimos, con estas palabras: «... ya que por esencia estás vacío. Eso tú, sí, pero tu ausencia en cambio... Escribiendo estoy yo solo aquí en mi cuarto, y esta falta de ti, ¡cómo es real y grande!» (página 312).

En un punto secundario del libro no estoy de acuerdo con el autor. Es el de la calidad de los anuncios que recordará el lector, porque proliferaron en Madrid hace cinco años en forma de grandes carteles murales de propaganda de la cerveza llamada Gulder, muy pronto desaparecida del mercado. La asociación de un producto de consumo más bien común, como la cerveza, con símbolos de muy alta posición social (las ostras y el caviar, el yate y el avión particulares) es percibida por el autor como finalmente irónica. Creo que tal connotación del mensaje, lindante con el sarcasmo, en la que habrían de confabularse fabricante y consumidores con «una misma conciencia de clase desclasada», cuyo resultado sería que se bebiese cerveza con resignación o con amargura, y en todo caso como protesta por la injusticia social, ni fue percibida por nadie o casi —exceptuando, desde luego, García Calvo— ni podría aparecer verosímil en tanto que emitida por quien en definitiva era fabricante y perteneciente a la clase de los empresarios. Mi lectura del mensaje, y la de aquellos que lo comentaron conmigo, fue la de la «cursilería» del anuncio. Para que asumiese el significado que García Calvo le atribuye, habría debido expresar ese sarcasmo mucho más explícitamente. Pero un sarcasmo tal se mordería la cola del consumismo, pues, ¿cómo persuadir a los consumidores de que consuman no lo «bueno» que desearían, sino meramente lo «vulgar» que está a su alcance? O dicho de otra manera, ¿cómo compatibilizar simultánea y masivamente la acti-

tud consumista y la de rebelión social? Un anuncio con la intención que le atribuye García Calvo sería disuasivo y no persuasivo, salvo para quien, más que consumidor, se hubiese hecho esteticamente conspirador y jugase, tomando cerveza Gulder, a la revolución. O más que anuncio sería consigna para un público que, educado ya en el anticlasicismo, recibiría didáctico alceccionamiento para comportarse con sarcasmo miniconsumista. Por supuesto, la respuesta en cuanto la eficacia o no del anuncio tendría que haberse obtenido empíricamente mediante encuesta sociológica, y no por discusiones entre García Calvo y yo, ni menos inquiriendo cuál fue la «intención» del anunciante. Formalmente no parece que se hizo. Pero parece, en cambio, que realmente el público respondió a la encuesta-anuncio no comprando tal cerveza.

Para terminar, y dejándonos de escarceos publicitarios, volvamos a la sustancia del mismo libro, la identidad, en el límite, de mundo y lenguaje. ¿Es esta la última palabra de García Calvo? No. Al final del libro, hablando de mística y magia, pregunta y se responde: «¿Quién dijo que de este mundo podía darse razón por medio del lenguaje? Este lenguaje mismo es el que lo decía» (página 384). Agustín García Calvo, cerca de Wittgenstein, piensa que cuando los nudos del lenguaje se desatan y «a las cosas se las deja por ventura un poco sueltas, todas ellas son mágicas: este libro que tienes en la mano, esa mano con la que tienes este libro».

Como ya indiqué, hay en esta espléndida obra una incoada reflexión o vuelta sobre sí misma que la emparenta con ciertos procedimientos de la novela contemporánea. Antes encontrábamos en el libro al hombre que se dedica a otras cosas, aparte (¿aparte?) de escribirlo. Ahora, al cerrarlo, vemos al crítico que habla sobre él —expresamente o entre líneas— y va más allá de él.

Creo que no consta en nuestro país suficientemente, ni con mucho, la gran valía intelectual y la enorme personalidad de Agustín García Calvo. Esperemos que, gracias a la publicación de este libro, se reconozcan una y otra en círculos más amplios que el de sus fieles amigos y sus discípulos entusiastas.

(*) *Lalia. Ensayos de estudio lingüístico de la sociedad*. Siglo Veintiuno de España Editores, Sociedad Anónima. Madrid, 1973.